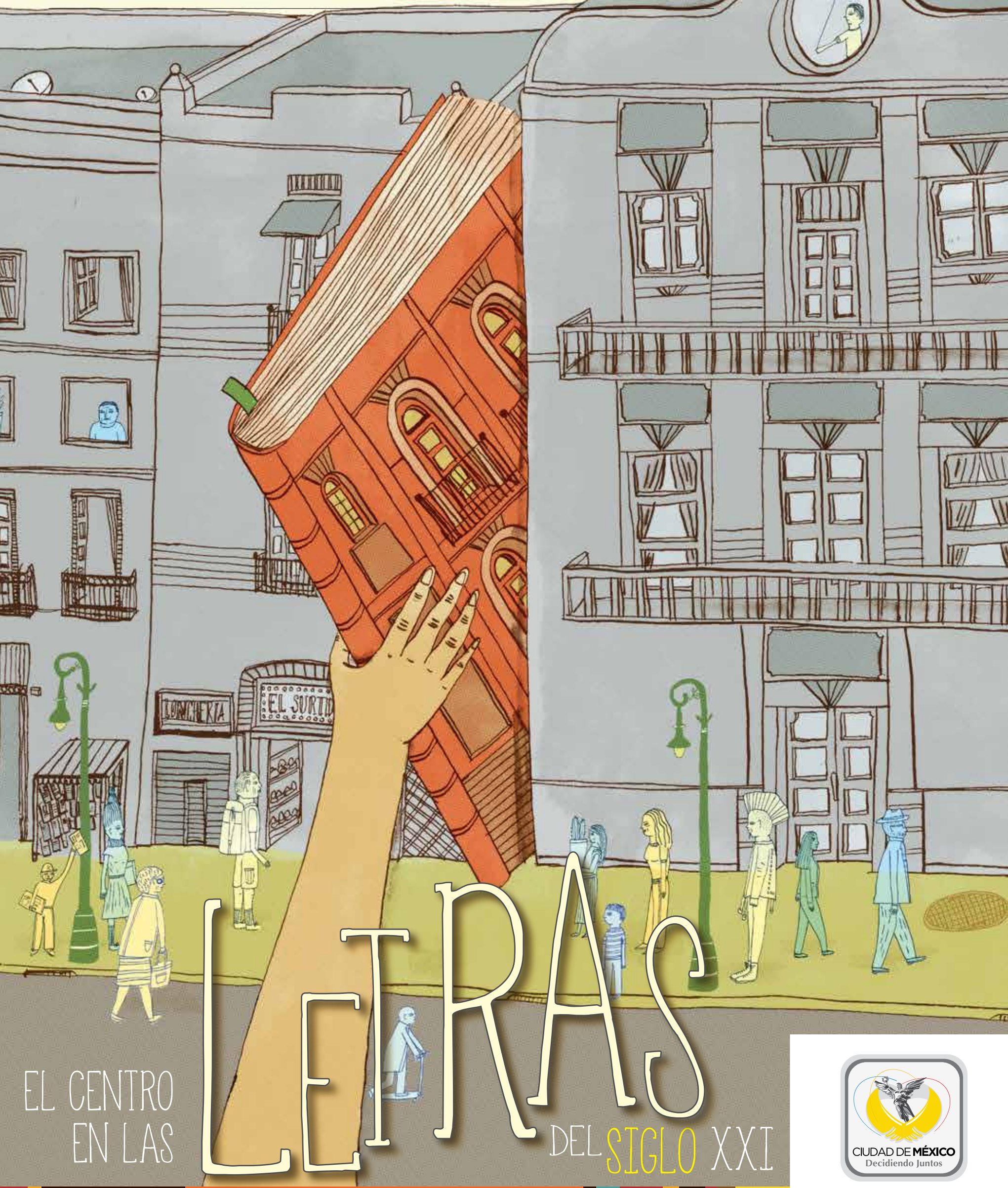


Km.cero

KILÓMETRO CERO. NOTICIAS DEL CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO Diciembre 2013 / No. 65

ESPECIAL
MONOGRÁFICO



EL CENTRO
EN LAS

LETRAS
DEL SIGLO XXI



VISÍTANOS EN:

WWW.GUIADELCENTROHISTORICO.MX

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

EDITORIAL

UN LEITMOTIV LITERARIO

Como toda gran ciudad, la de México siempre ha guardado una intensa y fascinante relación de amor-odio con sus escritores. La expresión más reciente de ese fenómeno es el tema de este número especial, que por cierto, atiende una petición de nuestros lectores, en el sentido de que realicemos más números monográficos.

La urbe ha prestado sus servicios de musa a poetas, narradores, cronistas, ensayistas y dramaturgos desde que tiene memoria.

Basta dar un vistazo a una cronología mínima que ofrecemos en esta entrega especial, para darse cuenta de lo pasional y fructífera que ha sido esa relación.

Más de 500 años —hasta donde se ha podido recobrar algo de la producción literaria mexicana anterior a la Conquista— han dado lugar a obras literarias de todos géneros, corrientes y calidades.

Sorprende también encontrarnos con la literatura como un valioso reducto de la memoria. Los escritores crean, pero también hacen un registro, se asombran con las transformaciones de su entorno y nos dejan ver cómo vivía la ciudad en su momento y cómo fueron percibidos esos cambios.

Pero lo dicho no es una novedad. Cuando nos planteamos la idea de revisar la creación literaria inspirada en el Centro Histórico —en cuyos límites estuvo contenida la Ciudad de México hasta mediados del siglo XIX—, las preguntas de partida fueron: ¿Se sigue escribiendo sobre el Centro Histórico? ¿Sigue el Centro haciendo girar los engranes de la imaginación literaria? Y si lo hace, ¿cómo lo hace?

También nos preguntábamos si el reciente proceso de revitalización del Centro Histórico ha influido en la percepción de los escritores, si la nueva cara del Centro ha atraído a nuevos creadores o generado nuevos intereses, o si estos cambios no afectan mayormente la forma en que los creadores usan la zona.

La exploración, limitada a lo que va del siglo XXI, y a los géneros narrativos y al ensayo, nos reveló la efervescencia de una escritura joven —los autores van de los 59 a los 27 años— que busca y encuentra en el Centro Histórico las anécdotas, los ambientes, los personajes, los extravíos y las contradicciones que le permiten hablar de lo universal, desde lo local. Lo hemos repetido casi en cada investigación que emprendemos: la diversidad única del Centro Histórico, junto a su poder simbólico, propician manifestaciones diversas y empapadas en ese simbolismo.

Así, el Centro está dando pie para crear desde ficciones fantásticas o de horror, hasta crónicas despiadadas o ensayos penetrantes sobre el último grito de la mexicanidad, y entre quienes lo están retratando hay escritores consagrados, o bien en formación, mexicanos y extranjeros avecindados o de paso.

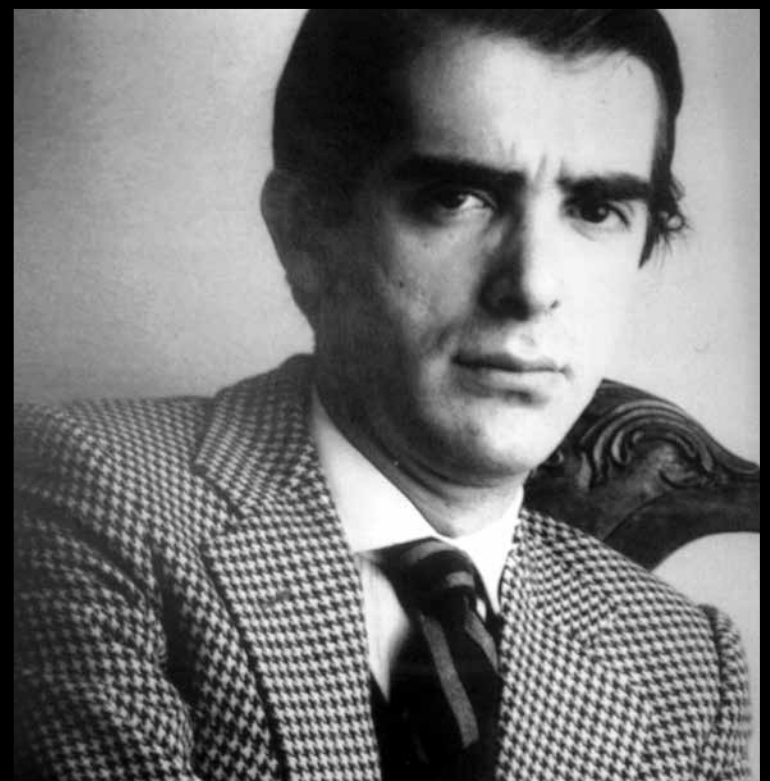
La mayoría de los 14 creadores entrevistados coincidieron en que el Centro sigue y seguirá siendo un leitmotiv de consideración para las generaciones actuales y futuras de literatos, como lo ha sido por más de 500 años.

En palabras del ensayista Vicente Quirarte: “Al trazar la geografía imaginaria de la urbe, un escritor no es exclusivamente un recopilador de datos; (...) El objetivo del escritor es llegar al fondo de su empresa, hallar los motivos por los cuales un fragmento de la urbe llega a convertirse en patrimonio de nuestra imaginación y de nuestra convivencia con la ciudad”.

Cuando estábamos cerrando esta edición nos sorprendió la noticia del fallecimiento de Guillermo Tovar de Teresa, quien siempre colaboró generosamente con **Km. cero** compartiendo sus vastos conocimientos sobre el patrimonio del Centro Histórico. La redacción lamenta profundamente esta pérdida. ✨



fideicomiso
CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO



FOTOGRAFÍA: SEBASTIÁN SALDÍVAR. CORTESÍA DE ÓSCAR G. CHÁVEZ

La Autoridad y el Fideicomiso del Centro Histórico de la Ciudad de México lamentan profundamente la sensible partida de

GUILLERMO TOVAR DE TERESA

Mexicano ejemplar, gran Cronista de nuestra ciudad, comprometido precursor del rescate del Centro Histórico, historiador dedicado a la defensa del patrimonio cultural e impulsor de la mejores causas de nuestro país.

Te extrañaremos siempre querido Guillermo.
Tu legado permanecerá y se hará más grande cada día.

KM.CERO SE REPARTE EN BICICLETA



WWW.CICLOSMENSAJEROS.COM • TELÉFONO: 5516 3984

No dejes de escribirnos a:
kmcerocorreo@gmail.com

Km. cero PUBLICACIÓN MENSUAL EDITADA POR EL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO.

SANDRA ORTEGA RESPONSABLE DE LA PUBLICACIÓN / **PATRICIA RUVALCABA** Y **SANDRA ORTEGA** EDITORAS RESPONSABLES **ROBERTO MARMOLEJO GUARNEROS** Y **PATRICIA RUVALCABA** REPORTEROS / **LILIANA CONTRERAS** COORDINACIÓN DE FOTÓGRAFOS / **RIGOBERTO DE LA ROCHA** DISEÑO ORIGINAL

IGLOO DISEÑO Y FORMACIÓN / **EIKON** FOTOGRAFÍA / **PATRICIA RUVALCABA** CORRECCIÓN DE ESTILO

OMAR AGUILAR APOYO A LA EDICIÓN

IMPRESIÓN: COMISA, GRAL. VICTORIANO ZEPEDA 22, COL. OBSERVATORIO, C.P. 11840, WWW.CENTROHISTORICO.DF.GOB

REDACCIÓN: REPÚBLICA DE BRASIL 74, 2º PISO, PLAZA DE STA. CATARINA, COLONIA CENTRO. MÉXICO, D.F. TELÉFONO 5709-8005, 6974, 8115 o 9664. kmcerocorreo@gmail.com

NÚMERO DE CERTIFICADO DE RESERVA OTORGADO POR EL INSTITUTO NACIONAL DE LOS DERECHOS DE AUTOR: 04-2008-063013110300-101

CERTIFICADO DE LICITUD DE CONTENIDO: No. 11716, CERTIFICADO DE LICITUD DE TÍTULO: No. 14143.

EL CENTRO EN LAS LETRAS DEL SIGLO XXI



POR ÚRSULA FUENTESBERAIN
ILUSTRACIONES JOAN X. VÁZQUEZ

Visto a través de la literatura, el Centro Histórico es un palimpsesto: un libro escrito, borrado, reescrito y sobrescrito por cientos de manos a lo largo del tiempo.

En este manuscrito de múltiples capas, por momentos las caligrafías se contraponen y se refutan mutuamente, pero también se complementan y dialogan sin saberlo. En ese punto donde los trazos coinciden, se alcanza a leer un pronunciamiento: escribir sobre el Centro es hablar de un corazón que late con miles de pulsos dentro.

Desde que la Ciudad de México se constituyó como tal hace casi siete siglos, la literatura ha tenido algo que decir sobre ella. Y puesto que hasta mediados del siglo XIX la ciudad estaba prácticamente contenida en estos nueve kilómetros cuadrados a los que hoy llamamos Centro Histórico, una inmensa parte de lo que los escritores han dicho sobre la ciudad, lo han dicho sobre el Centro.

De ahí el vastísimo abanico de plumas que lo han abordado desde todos los géneros literarios. De ahí también los innumerables rostros que el primer cuadro ha tenido con el paso de los años.

En esta entrega pusimos bajo la lupa apenas una parte de ese nutrido palimpsesto: la prosa escrita a partir de 2000 y hasta noviembre de 2013.

Este trabajo no pretende ser exhaustivo, pero sí presenta una selección multiforme y multicolor de lo dicho sobre el Centro desde la novela, la crónica, el cuento y el ensayo contemporáneos.

Reunimos a un coro de 14 autores que reflexionaron acerca de lo que implica escribir sobre un espacio como este. El espectro generacional

de los entrevistados abre con Vicente Quirarte (Ciudad de México, 1954) y cierra con Luisa Iglesias (Ciudad de México, 1986). Sus voces, aunque a menudo confluyen, se sitúan en todo lo largo de la escala tonal, sobre todo al responder las preguntas con que concluye este reportaje: ¿Qué dirá la literatura sobre el Centro Histórico ahora que su cara está cambiando? En los años por venir, ¿de qué hablarán las letras que se escriban sobre el primer cuadro de la Ciudad?

¿Por qué se ha escrito tanto sobre el Centro? ¿Por qué sigue siendo un escenario recurrente en la literatura mexicana contemporánea?

Por su arquitectura —uno querría contestar

casi de inmediato—. Por esa mezcla de suntuosidad y decadencia que tienen muchos de sus edificios. Por las historias que parecen callar esas paredes de tezontle, mármol o cantera.

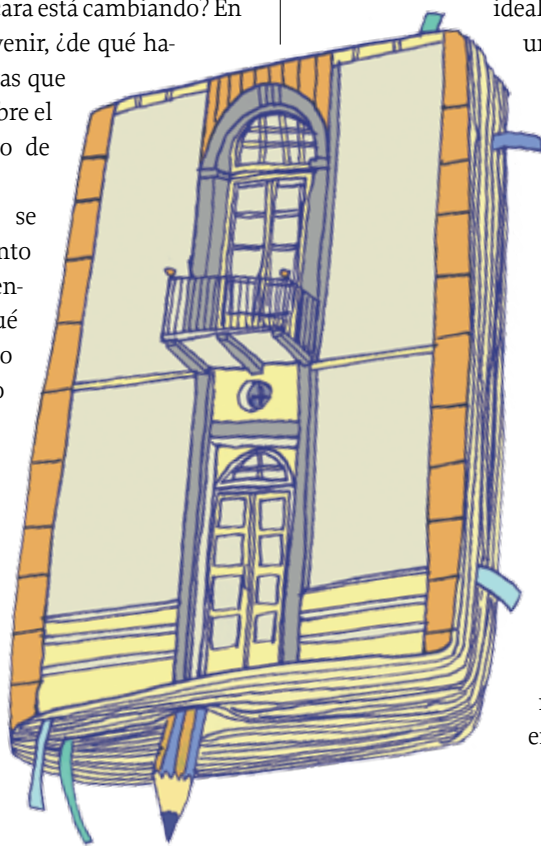
Los escritores tienen ese raro poder para lograr que las paredes hablen. Ellos encuentran en los techos del Palacio de Bellas Artes el lugar

ideal para que anide una mujer que perdió su cuerpo —como hace Ana Clavel en su novela *Los deseos y su sombra* (Alfaguara, 2000)—; o para hallar en el museo del Templo Mayor un pasadizo hacia un mundo desde donde los dioses prehispánicos gobiernan la vida de quienes vivimos en la ciudad —

como plantea Bernardo Esquinca en *Toda la sangre* (Almadía, 2013).

Pero las obras escritas en estos últimos años no se quedan en las paredes y las piedras, también hablan de las tiendas de chácharas de Correo Mayor, de la Calle de las Novias (República de Chile), de las trastiendas de La Merced y de los tacos de tripa de Tepito —profusamente descritos en *Señorita Vodka* (Tusquets, 2013) de Susana Iglesias.

No se puede hablar del hormigueo barrial y comercial sin mencionar la bizarra amalgama de personajes que el Centro amasa. En su cuento “Plaza de la Alhóndiga” compilado en *Estación Central Tris* (Ficticia, 2012) —antología de relatos sobre el Centro Histórico—, Federico Fernández Christlieb describe a una parte de la fauna *centrícola*: “De nuestras caminatas por el oriente del Centro nunca me quejaba. Al contrario, eran paseos maravillosos por una ciudad exótica, casi asiática, llena de olores y de roces con miles de personas: abogados en Venustiano Carranza, concheros en la Plaza del Seminario, dulceros en Ampudia, papeleros en Mesones, maquillis-



tas en Talavera, sombrereros en Tabaqueros, tlapaleros en la Plaza de la Aguilita, teporochos en Manzaneros, damas en Izazaga”. Todos estos personajes aparecen como un leitmotiv, es decir, como un tema recurrente, en las letras escritas a últimas fechas.

Escribir sobre el Centro equivale a tener una epifanía proustiana, uno de esos momentos cuando un olor o un sabor son capaces de transportar al autor —y por lo tanto a sus lectores— a algún instante preciso del pasado. En *Elogio de la calle* (Cal y Arena, 2001) de Vicente Quirarte, por ejemplo, la frase “Plaza de Santo Domingo” detona un hilo de pensamiento que empieza con el panqué de naranja comprado ahí, pasa por su primera comunión y termina con las comuniones con el cuerpo amado en algún hotel de paso cercano.

El Centro, dicen los escritores, es un caldo de concentración de lo mexi-

cano: “Es el epicentro de nuestras tres culturas: la indígena, la española y la mestiza”, apunta Antonio Calera-Grobet, narrador que ha plasmado la faceta dionisiaca del primer cuadro en *Gula. De sesos y lengua* (Aldus, 2010), un compendio de crónicas gastronómicas, aforismos y reflexiones sobre las artes sibaríticas. “Creo que debemos hablar de un *aleph* en toda la extensión de la palabra para poder ver la idiosincrasia de nuestro pueblo: acá hay una fuerza de gravedad de lo mexicano que atrae a todos”.

Visto desde la literatura, todos los caminos parecen llevar al Zócalo. En

EL CENTRO “ES UN ANIMAL COMPLICADO: LO MISMO DERRUIDO QUE BELLO, INERTE QUE TELÚRICO, AMISTOSO QUE RUIN”. ANTONIO CALERA-GROBET, CRONISTA DEL CENTRO.

su crónica “Así está el Zócalo” (*Nueva guía del Centro Histórico de México*, Mapas, 2011), Fabrizio Mejía Madrid le llama el *big bang* de concreto: “Desde ahí, donde suponemos que estaba el nopal después de que el águila voló con la serpiente en el pico, se extendió, como una alfombra roja, el país entero”. Mejía Madrid dice también que el Zócalo es la definición de lo chilango: todo cabe, nada sobra. Esta afirmación se extiende, desde luego, a todo el Centro Histórico.

Tanto en la narrativa como en la crónica, los lugares emblemáticos del corazón de la Ciudad —el Palacio de Bellas Artes, la Torre Latinoamericana, la Alameda Central, la Catedral Metropolitana— funcionan como referentes comunes para prefigurar el tono, el ambiente, el universo narrativo e incluso para hablar de las filias y fobias de los personajes.

Sergio Loo (1982), uno de los entrevistados más jóvenes y autor del cuento “Nos siguen matando” (*Estación Central Tris*, Ficticia, 2012), que se desarrolla en la escena gay del Centro, coincide: “Como escritor chilango, ¿cómo evitar el Centro?”.

Bernardo Esquinca es todavía más enfático: “Me gusta decir que el Centro Histórico de la Ciudad de México es el mejor lugar del mundo para un escritor, por las historias y atmósferas que convoca”.

El Centro es un escenario versátil, atractivo tanto para una novela sobre un hombre que va de cantina en cantina como para un cuento basado en alguna leyenda urbana. Sin embargo, y específicamente en narrativa, los géneros predominantes son la literatura fantástica, la detectivesca —también llamada negra— y la histórica. ¿Por qué? Porque escribir sobre el Centro es caminar sobre cenizas y semillas, es decir, sobre pasado y futuro, sobre viejo y nuevo, sobre muerte y nueva vida: varios de los grandes temas en los que abrevan esos géneros.

cuya primera novela, *Tras las huellas de mi olvido* (Almadía, 2010), abre con una escena de pesadilla: la plancha del Zócalo se convierte en una masa pegajosa que atrapa por los pies a la narradora y le impide moverse.

“Es un museo conformado por piezas vivas”, apunta Héctor de Mauleón, cronista y narrador abocado a rescatar los momentos insólitos —y clave— de la historia de la Ciudad de México: la llegada del primer automóvil, la primera bombilla eléctrica, el primer radio, el primer avión, la sequía más larga a la que se sometieron los capitalinos, en 1922... Esos y otros sucesos no menos extraordinarios son narrados en libros como *El tiempo repentino* (Cal y Arena, 2000) y *El derrumbe de los ídolos* (Cal y Arena, 2010).

“Es esa yuxtaposición de tiempos y realidades que tanto fascinaba a autores como Paz o Fuentes, donde bajo las sucesivas apariencias de modernidad habitan la violencia atávica y la magia”, dice Armando González Torres, poeta y ensayista que vive y trabaja en el Centro Histórico. Él ha esbozado el perfil místico de este lugar desde libros como *La conversación ortodoxa* (Aldus, 1996).

Visto desde la obra de estos autores contemporáneos, el Centro se presenta como un personaje que se resiste a quedarse quieto, que se niega a posar para que lo retraten en su totalidad.

Los escritores que se han ocupado de él coinciden es que es una cornucopia para la escritura: “El Centro constituye una fuente constante de estímulo. Allí parecen concentrarse muchas de las luces y las sombras de nuestra ciudad: lo nuevo y lo muy viejo, la pobreza y la riqueza, el empleo y el subempleo, lo original y lo ‘pirata’, la belleza y la fealdad, lo vulgar y lo refinado. Basta escarbar un poco para encontrar ideas para un cuento, una novela o un poema”, dice Luis Bernardo Pérez, narrador antologado en *Estación Central* (Ficticia, 2008). Su cuento “Se va el caimán” muestra uno de los tantos momentos absurdos y risibles que suceden en el corazón de la Ciudad: un hombre debe usar un disfraz de cocodrilo para promover una tienda de bolsas de piel.

En el mismo tono divertido, pero más locuaz, está “La noche de La Giganta”, *Estación Central Bis* (Ficticia, 2009). En este relato, Herminio Martínez pone de manifiesto un aspecto notable del Centro: las obras artísticas que se guardan en sus recintos. Gracias a una suerte de hechizo, el



CUENTO

“NADIE LO VERIFIQUE”

GONZALO SOLTERO

EN CIUDAD FANTASMA, TOMO 1, ALMADÍA, 2013.

La espátula se le cayó de las manos, rebotando estrepitosamente contra el cascajo que cubría el suelo.

—¿Se asustó otra vez, colega? —profirió la sombra que se recortaba a contraluz en el lumbral de la puerta—. ¿Será que usted también está creyendo ya en las apariciones?

—Ni creo en ellas, ni se me ha aparecido Sor Juana, y eso que la estoy buscando y paso aquí más tiempo que nadie. Son puras patrañas. Aunque tal vez debería creer en ellas, ya que me nombraron responsable.

—¿Y por qué tanta incredulidad? No olvide que estamos en el Centro, aquí todo el mundo viene a manifestarse cuando está inconforme. ¿Por qué no habría de manifestarse un espíritu que siempre vivió aquí? (FRAGMENTO)

RETRATO HABLADO

¿Cómo representa al Centro la literatura del siglo xxi? Si se hiciera un retrato a partir de lo que se ha escrito sobre él, ¿qué rostro tendría?

“Es un animal complicado: lo mismo derruido que bello, inerte que telúrico, amistoso que ruin”, asegura Antonio Calera-Grobet.

“Es una vitrina de monstruos”, dice por su parte Bibiana Camacho, joven escritora que vive en Bucareli y

protagonista, Gregorio Hidalgo, consigue, involuntariamente, que *La Giganta* —enorme escultura de José Luis Cuevas— cobre vida y realice un insospechado periplo por el Centro.

Y si bien no cualquiera puede escribir cuentos tan eficaces como los de Luis Bernardo Pérez y Herminio Martínez, es casi seguro que quien se haya sumergido en este caldo heterogéneo que es el Centro, puede contar al menos una historia igual de extraña e hilarante.

TIEMPO LITERARIO VS. TIEMPO HISTÓRICO

¿Cómo es la relación entre la literatura sobre el Centro y su contexto histórico? Por ejemplo, ¿la decadencia que se vivió tras el temblor de 1985 favoreció que predominaran ciertos géneros? ¿La novela negra, quizá?

Antonio Calera-Grobet dice que no: “Creo que los entornos no determinan una comunión obligatoria con los escritores sólo por el hecho de su existencia. Hay azar de por medio. Cosa misteriosa eso de ser *literaturizable*”.

Lo *literaturizable*: ese filtro que los escritores tienen integrado para convertir la cotidianidad en prosa o poesía.

Esa casaca abandonada de la calle de Jesús María que vemos todos los días de camino al trabajo, pasada a través del tamiz de la literatura se puede convertir en un laboratorio de niños-rata, como sucede en el cuento “La foto” de Roberto Coria (*Ciudad Fantasma II*, Almadía, 2013).

La misma casa podría transfigurarse en un lugar muy diferente bajo la pluma de otro escritor. Estilo, tono, pulsiones, arte poética: todos esos elementos se conjugan para determinar cómo la realidad de un espacio se decanta hacia la literatura.

No es que los escritores estén apartados de su contexto histórico, sino que los engranes del tiempo con el que ellos trabajan se mueven a otro ritmo. Mientras que el Centro “real” cambia de cara todos los días con cada nuevo mitin, plantón, festival cultural, desalojo, acto ritual o restauración, el Centro literario mantiene sus referentes, los guarda como quien esconde un arma en un cajón, para usarla en el momento indicado.

CUENTO: “UN CÓMPlice A PRUEBA DE FUEGO”

Un réferi de lucha libre narra la muerte de un luchador en la Arena Coliseo, un niño jorobado se suicida arrojándose desde la cúpula del templo de Santo Domingo, dos fantasmas que viven en la Torre Latino se enamoran, un dentista lee el futuro en los

dientes, un hombre encuentra mensajes extraterrestres en los grafitis... Todo esto sucede en los tres tomos de *Estación Central* (Ficticia, 2008, 2009 y 2012), antologías de cuentos de autores consagrados como Rosa Beltrán, Guillermo Samperio y Mónica Lavín, pero también de jóvenes como Sergio Loo, Miguel Antonio Lupián Soto y Elizabeth Flores.

En el prólogo al primer volumen, los editores, Antonio Calera-Grobet y Marcial Fernández, escriben que la intención de la antología es “atrapar siquiera un poco de la esencia de una zona que, tras sus fachadas o en sus fachadas mismas, esconde esa magia neblinosa que carga voces, ecos, aromas, atmósferas, despechos, pasiones y recuerdos de un tiempo que es todos los tiempos”.

Y aunque el calibre literario de los cuentos de estos tres libros es dispar, su valor recae en que examinados en conjunto aparecen como un prisma que refleja las múltiples caras del Centro.

“Yo quería que tanto escritores jóvenes como plumas connotadas se acercaran a ese monstruo para lazarlo de alguna manera”, dice Calera-Grobet. “Fue como tomar fotografías del estado del Centro en cada uno de los tres libros. Ya la crítica, los lectores, la historia de la literatura o del Centro mismo, determinarán cómo fue que cambió entre esos años. Creo que se hizo un álbum de tres tiempos, periscópico, caleidoscópico, de sus formas de ser, de sus múltiples personalidades”.

¿Por qué abundan los cuentos fantásticos en estas tres entregas? Porque el Centro es un pozo, asegura Marcial Fernández: “Mientras más profundo sea el pozo, más peligros encuentras; entonces, el Centro siempre será, aunque se le quiera dar otro rostro, un lugar poblado de fantasmas y de elementos fantásticos”.

Esa sentencia entrelaza los volúmenes de *Estación Central* con otros dos libros: *Ciudad Fantasma I* y *Ciudad Fantasma II* (Almadía, 2013), antologías de narraciones escritas entre 1871 y 2012 sobre la Ciudad de México, compiladas ambas por Bernardo Esquinca y Vicente Quirarte. El Centro aparece en 10 de los 32 relatos incluidos en los dos tomos.

En uno de los cuentos del primer volumen, “La mujer que camina para atrás” de Alberto Chimal, el espíritu de una mujer que murió sepultada en el temblor de 1985 le lanza una sentencia fatal a un hombre que deambula por un tramo desolado de la calle de Palma. En “Nadie lo verifique” de Gonzalo Soltero, el fantasma de Sor Juana atormenta a los alumnos y empleados del antiguo convento de San Jerónimo, ahora convertido en universidad. Y en “La noche de la Coatlicue” de



NOVELA

HOTEL DF

GUILLERMO FADANELLI

RANDOM HOUSE MONDADORI, 2010.

Ha sido sencillo reconstruir en su memoria el camino desde el Perver Lounge hasta el hotel, desde la calle Mesones hasta República de El Salvador esquina con Isabel la Católica, sin problemas: si no es un idiota. Dentro de un par de días, cuando se entere de su ausencia, el padre cancelará las tarjetas de crédito, la dorada, la roja, la platinada y las dos de ahorro, así que Gabriel tiene que extirpar en seguida unos cuantos miles. La ciudad regurgita, gruñe, escancia su esencia en el vetusto Centro Histórico, los peatones se cuidan poco de empujarse unos a otros y las multitudes entran y salen de las tiendas como gusanos en un queso roquefort. Desde un avión tendría que verse todo esto como un suceso extraordinario, pero bajo el sol, sobre la estufa de cemento, incluso los perros de alcurnia se ven ordinarios. El Centro: un mundo nuevo para Gabriel, quien contempla azorado cómo esa extraña ciudad se le revela a cada paso: la flaquita de copete lacio en la frente transportando una charola con platos de comida en plena calle, el mandil de cocinera, la sonrisa de quien se sabe portadora de las deseadas viandas, ¿pues hasta dónde está la cocina? ¿Y a cuántas cuerdas el comedor?

El hombre que porta un maletín opaco sólo para darse importancia, pasearse, entregar unos folletos a los peatones y decirles: “Aquí está mi tarjeta, se ha ganado un descuento si dice que va de mi parte”. Y las malditas aceras, angostas como tripas, apenas si logran contener a un ejército de hombres empeñados en comerciar. Al Centro acuden los oriundos empujados por una fuerza centrípeta, van lo mismo a una cantina que a comprar una computadora en partes, es una tradición imposible de corromper: descuartizar para más adelante vender en partes, el negocio en plena calle, robar, ofrecer, intercambiar y después encerrarse en una guarida a roer la presa, adaptar el nuevo disco duro, probar las refacciones de segunda clase, una ciudad que no es la que Gabriel Sandler se imaginaba sino otra que respira bajo una coraza de armadillo. Embarga al chico una sensación emocionante, ser un extranjero en su tierra, sí, estar en oriente sin haber dado más que unos pocos pasos, la orfandad repentina que nutrirá su siguiente gran obra: un afortunado, sin duda. (FRAGMENTO)

Mauricio Molina y “La fiesta brava” de José Emilio Pacheco, las viejas deidades aztecas satisfacen su sed de sangre a costa de los borrachos y de un ex combatiente de Vietnam que llega a una realidad paralela al descender del vagón en un túnel entre las estaciones Isabel La Católica y Pino Suárez.

“En el Centro Histórico todo es posible, sus calles y edificios funcionan como portales a dimensiones paralelas”, responde Bernardo Esquinca cuando se le pregunta por qué el primer cuadro es un terreno tan fértil para lo fantástico.

Precisamente, “El que camina al lado” de Norma Lazo, cuento inclui-

do en el segundo tomo de *Ciudad Fantasma*, empieza cuando el *doppelgänger*, doble fantasmagórico del narrador, aparece en un sillón comprado en La Lagunilla. Como si ese mítico mercado de pulgas fuera un portal al universo paralelo del que vienen nuestros dobles.

En “Leones” de Bernardo Fer-

nández, una plaga de leones azota la Ciudad. En la historia, aunque cómica, resuenan la lucha contra el narcotráfico y los tejemanejes políticos del país que, de alguna forma, siempre se decantan en el Zócalo.

Animales antropomórficos, vampiros, espectros, *golems* y demás seres sobrenaturales saltan de las páginas de ambos tomos de esta antología. A Esquinca le parece de lo más normal que así sea, como si la Ciudad de México fuera una feria y el Centro Histórico fuera la Casa de los Sus-tos. “Los fantasmas no se han ido, ni se irán nunca”, asegura el también autor de *Demonia* (Almadía, 2012), libro de cuentos donde el Museo del Policía y las librerías de viejo de Donceles son escenarios de los relatos escalofrantes por los que Esquinca se ha dado a conocer.

“El Centro es un espacio que pulsa, con muchos pulsos dentro, por eso mi generación se inclina hacia él, por eso lo usa como catalizador de historias”, dice Luisa Iglesias Arvide, autora del alucinante cuento apocalíptico “Perros callejeros”, incluido en el segundo tomo de *Ciudad Fantasma*. La protagonista del relato, que a veces es mujer y a veces perro, observa impasible desde la Torre Latinoamericana cómo la Ciudad desaparece a causa de un temblor de grandes proporciones.

Abordado desde el cuento, el Centro se muestra como un lugar listo para escenificar todo tipo de historias, no importa cuán extravagantes sean. De ahí que en uno de los relatos de *Estación Central*, Eusebio Ruvalcaba se refiera al primer cuadro como “un cómplice a prueba de fuego”.



“ÁNGELES DE CARAS SUCIAS”

CRÓNICA

J. M. SERVÍN

EN D. F. CONFIDENCIAL, ALMADÍA, 2010.

República de El Salvador, entre 5 de Febrero e Isabel la Católica, funciona como centro de sanadores y hierberos que operan a la sombra de farmacias populares en la misma calle. En el número 91 se instala de lunes a sábado el consultorio ambulante del profesor Avilés. Canas teñidas de negro, traje lustroso azul oscuro a rayas, un dije que cuelga por fuera de la corbata amarilla y anteojos oscuros distinguen al “decano de la medicina azteca-china”.

TÉ DE HORMIGAS CURA LA DIABETES, afirman desde su templete unos volantes punkosos con dramáticos testimonios. La infusión cura además “el colesterol, reumas, lupus, cáncer, gastritis, alta presión, várices, úlceras, asma, embolias, gripe, dolor de cabeza e infartos”.

—Además del sida, la hepatitis y el herpes. Estudio medicina china y azteca desde hace sesenta años. Empecé con los yaquis de Sonora, luego seguí con la medicina maya en Yucatán, pero la base es el herbario azteca, escrito hace quinientos años por dos médicos: Cruz y Badiano, que cultivaban las hormigas en Azcapotzalco. Tenía veintidós años cuando viajé en avión al Vaticano. Saqué de su biblioteca una copia a colores del libro y empecé a curar. Me anunciaba en todo el país, tenía treinta empleados y cuatro médicos a mi cargo. Pero fue hasta 2001 que la Academia Nacional de China informó que usaba el extracto para curar la diabetes, confirmando lo que los aztecas ya sabían.

“Azcapunt significa ‘hormiga para curar la sed exce-

siva’. Su veneno lava las arterias que alimentan al páncreas y al mismo tiempo mata a la *enterobacter beta*. He curado un promedio de sesenta mil diabéticos, mil por año. Mantuve viva a mi mamá con cincuenta miligramos diarios, pero al llevarla al hospital se los quitaron y murió de un coma diabético. Por eso curo con el veneno.”

El Flacaché, es otro producto exclusivo del profesor Avilés:

—La obesidad entra por la boquita y sale por la colita. Es muy ligero y laxa. No se necesita dieta porque baja las calorías. Actúa en el hipotálamo. El exceso de apetito se hace vicio, el Flacaché lo normaliza y cura del tabaco, el alcohol, la marihuana, el café y la cocaína. Sin que lo sepa el vicioso, se le pone en la comida y en la cena. No tiene efectos secundarios y disuelve el colesterol. El veneno lo mandan de China, pero no lo sacan de las hormigas, sino del ácido del vinagre, que con el oxígeno se oxida y forma ácido fórmico. Tiene dos funciones: desinfecta y lava la suciedad del cuerpo por alimentos chatarra, y la coca local, que tapa las arterias con un colágeno fibroso. Toda la industria alimenticia es diabética, cancerígena y cardiogénica. Causa como trescientas mil muertes al año porque sus productos no tienen vitamina E, minerales ni fibra vegetal. Ese déficit [sic] produce estreñimiento y la bilis negra del colastro [sic], diabetes y cáncer. Gracias a que tomo mis propios productos me siento bien sano. Me casé tres veces, tengo doce hijos y estoy soltero otra vez. (FRAGMENTO)

NOVELA: LA HERMOSA DECADENCIA

No importa que las calles del Centro se revistan con adoquines y luminarias o cuántos de sus edificios históricos aparezcan remozados y relucientes, los novelistas siguen encontrando los resquicios oscuros que prevalecen para contar historias desde ahí. “Lo que tiene el Centro de encantador es que es ruinoso”, dice Marcial Fernández, escritor y editor de Ficticia Editorial. “Incluso en sus grandes palacios resuenan ecos de mejores épocas y todo eso siempre estará relacionado con lo siniestro, con lo sórdido”.

En *Hotel DF* (Random House Mondadori, 2010), Guillermo Fadanelli construye un microcosmos en torno al Hotel Isabel donde confluye el lumpen de la sociedad. Frank el Artista Henestrosa ocupa uno de los cuartos del hotel y presencia el tránsito de narcotraficantes, secuestradores, drogadictos y demás escoria.

Fadanelli fue vecino de la calle de Regina una década antes de que ésta se convirtiera en el andador

CUENTO

“LA MUJER QUE CAMINA
PARA ATRÁS”

ALBERTO CHIMAL

EN CIUDAD FANTASMA, TOMO 1, ALMADÍA, 2013.

Y entonces yo, ahí, en la esquina de Isabel y Madero, me la encontré de frente. De pie.

Firme.

Vieja, muy vieja, con la vista fija en ningún lugar como si yo no estuviera allí.

Ahora pienso que no había nadie alrededor: que de pronto la ciudad parecía abandonada, como si se hubiera dado una orden de evacuación y todos la hubieran obedecido. Ya no se oía ninguna música. Ya no había nadie cerca. Ni siquiera se veía al hombre de la lona amarilla. Sólo quedaban las luces encendidas, las cortinas de metal que cerraban los locales y las fachadas de los edificios.

Sólo quedaba la mujer. Su suéter era aún más negro de lo que había imaginado. Sus piernas se veían retorcidas y sucias. Una luz justo detrás de la cabeza

hacía que su cabello brillara. Parecía una nube con un rayo adentro.

Y olía... Esto Celia no lo había dicho: olía a carne podrida, a cloaca. Olía a más aún. De niño viví detrás de una fábrica de telas que arrojaba al aire no sé qué cosa, invisible, que se pegaba al paladar y a la garganta y tenía un aroma o un sabor indescriptible, terrible, porque no era un resto de nada vivo. A eso olía la vieja también: a algo que no debía existir, y, sin embargo, existía.

Ella me miró, de pronto, y me gritó.

A Celia le había gritado:

—¡SIGUES VIVA! —lo que mi esposa interpretaba, según me había dicho, como un aviso: que estaba destinada a salir ilesa pese a que el temblor destruyó buena parte de la zona donde vivía con su familia. Según ella, la vieja es algo parecido a la Llorona, al Niño del Diablo y a otros personajes de esas leyendas de antes, pero hace algo distinto: da advertencias. Dice profecías.

Y entonces, ahora que yo la tenía enfrente, su cara era más horrible de lo que yo había imaginado, y su nariz estaba abierta como una herida roja, y no voy a decir, no quiero decir, a qué sonaba su voz. (FRAGMENTO)



peatonal con una floreciente oferta cultural y comercial que hoy es. Por eso el Centro que retrata en su novela es el que vivió entonces, el anterior, el de los tugurios y las piqueras.

La literatura requiere conflicto, tensión narrativa. Los personajes necesitan meterse en problemas, llorar, sangrar. Por eso, contar una historia desde el lugar oscuro y minado que fue el Centro —y que sigue siendo en algunos rumbos— es una estrategia común entre los novelistas contemporáneos.

Susana Iglesias, escritora treinta-

ñera y *centrícola* de cepa, elige lo que ella llama “el lado fangoso del Centro” para contar la historia de *Señorita Vodka* (Tusquets, 2013), una *teibolera* que pasa sus noches en los prostíbulos de Eje Central y Garibaldi.

“Tengo claro el Centro sobre el que escribo: no es el Centro de adolecentes, es el Centro mágico, el Centro decadente, es la cantina, el burdel extinto, la piquera, el Eje sucio, la noche *garibaldiana*, el ramo de gardenias a las siete treinta de la mañana, mi birria en San Camilito, el taxi pirata en la esquina de Ecuador, los

tacones en la mano al salir del Treinta y tres”, dice Iglesias. Y a uno le dan ganas de encontrar ese Eje Central que despierta y se retuerce cada vez que la Señorita Vodka lo recorre con sus *stilettos* negros.

En *Tras las huellas de mi olvido* (Almadía, 2010) de Bibiana Camacho, siempre que aparece el Centro aparece también lo siniestro. Étel, la narradora, camina por la Alameda y el Zócalo en espera de recordar algo que ha olvidado, pero sólo consigue enturbiar su mente con lo que encuentra ahí: “Las calles estaban solitarias y llenas de basura. En una esquina, a lo lejos, distinguí una masa negra moviéndose. Creí que todavía tenía los efectos de la mariguana, pero cuando pasamos frente a la esquina me di cuenta de que era una multitud de ratas que se daba un festín en un tiradero de basura”.

Lo siniestro, lo extraño y lo fantástico son elementos que van de la mano en novelas como *El secreto de la Noche Triste* (Joaquín Mortiz, 2009) de Héctor de Mauleón, *Toda la sangre* de Bernardo Esquinca y *Los deseos y su sombra* de Ana Clavel.

Mientras que en la historia de Mauleón se presenta a esa Ciudad de México del siglo XVII donde era posible que el cadáver de una monja comenzara a sudar o que naciera un bebé con cabeza de león, en la novela de Esquinca los dioses prehispánicos enterrados en el Templo Mayor se afanan por resurgir, y en la narración de Clavel una mujer pierde su cuerpo y toma como segundo cuerpo a recintos como el Palacio de Bellas Artes o el templo de Santo Domingo.

Entre las obras mencionadas sólo las de Esquinca y las de De Mauleón

EL CENTRO “TIENE PERMANENTEMENTE LOS PIES ANCLADOS A UNA NUBE DE MEMORIA”. ANA CLAVEL, ESCRITORA.



CRÓNICA

“ASÍ ESTÁ EL ZÓCALO”

FABRIZIO MEJÍA MADRID

EN NUEVA GUÍA DEL CENTRO HISTÓRICO DE MÉXICO, MAPAS, 2011.

El Zócalo no es más que una caja vacía que jamás lo está. El interés es lo que a cada minuto la va llenando.

El Zócalo es la definición de lo chilango: todo cabe, nada sobra.

El Zócalo es un espacio de la vulnerabilidad: si hay sol, se calienta como comal; si llueve, no hay manera de cruzarlo corriendo sin quedar empapado; si está nublado, lo recorren corrientes de viento que hielan el corazón.

En el Zócalo se vale todo: vender paletas en cajas de cartón, sombrillas de papel para el sol, telescopios con tubos de cartón y espejitos, alegar que la calaca Ciriaca baila sin hilos, estar parado con un cartel en el que pides dinero para medicinas, simular que te falta una pierna, tomarse de las manos, ir deprisa, sentarse en cualquier recoveco de las nuevas jardineras a no hacer nada, levantar la vista y mirar la bandera nacional y en ese gesto reconocer el único patriotismo que te queda.

(...)

¿Y tú te acuerdas de cuando te llevaban al Zócalo de niño? Para mí tiene sabor a paleta verde, se oye como campanadas, se lee como “los misterios del número siete” y no huele a nada. Se siente como cansancio de tanto caminar.

Ahí he visto: a un “sanador” que hacía que la gente cerrara los ojos y se imaginara que estaba en el mar.

Ahí he visto: a un anciano de sombrero y huaraches portando un retrato de Lázaro Cárdenas con la marca en el cristal de que, durante mucho tiempo, tuvo una veladora.

Ahí he visto: a una mujer desnuda y un grupo de transeúntes que aprendían dibujo artístico.

Ahí he visto: a unos estudiantes correr un 2 de octubre porque a un guardia presidencial se le disparó su fusil.

Ahí he visto: cómo una multitud que protestaba se abría para dejar pasar a los soldados para que bajaran y doblaran la bandera.

Ahí he visto: gente patinando en hielo como si hubieran aprendido en el piso recién trapeado de sus casas.

Ahí he visto: a la audiencia de Buena Vista Social Club, no ver la película de Wenders, sino bailarla.

Ahí he visto: la plaza quedarse desierta tras un mitin, un Grito, un concierto, una función de cine.

No hay nada más triste que un Zócalo vacío. (FRAGMENTO)



dialogan directamente con el hecho de que en el Centro coexistan tantas capas históricas, pero de alguna forma todas le rinden cierta reverencia a esa carga: “Creo en la sangre, así que no me atrevo a menospreciar ese pasado palpitante que aparece en cada esquina”, dice Susana Iglesias mientras se reclina en la silla de una cantina en República de Cuba al recordar el mal de ojo que cayó sobre ella cuando osó reírse de él, el pasado que late en cada esquina del corazón de la Ciudad.

ENSAYO: TRAZAR EL MAPA IMAGINARIO

El escritor es la conciencia de la Ciudad, afirma Vicente Quirarte en *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México, 1850-1992*. En las más de 700 páginas de este libro de ensayo, Quirarte registra el proceso de conversión de la Ciudad de México en personaje literario: “Es ‘la putilla del rubor helado’ que (...) revive en la ciudad de José Gorostiza; ‘la muchacha ebria’ de Efraín Huerta; ‘la ojerosa y pintada’ (...) que Agustín Yáñez rescata de la capital tentadora y palpitante”.

En ese recorrido cronológico de casi 150 años, Quirarte se refiere a la Ciudad como un texto colectivo y al escritor como “un lector profesional

de su entorno, un iniciado capaz de traducir sus cambios y sus emociones”.

Para Quirarte, caminar la Ciudad es imprescindible para escribir sobre ella. Nacido en el Centro Histórico, Quirarte se confiesa habitante de la vieja Ciudad empeñado en recordarla pero también en resignificarla: “Mientras un caminante sacralice con su paso el Centro, el hombre como especie será el alma de la ciudad y las acciones urbanas se transformarán en rituales celebratorios”.

Otro autor que aborda al Centro Histórico desde el ensayo es Luis María Marina con su libro *Limo y luz. Estampas luminosas de la Ciudad de México* (Ficticia, 2012). Desde su condición de extranjero —es español—, Marina entrega una guía culta de la capital. El texto está dividido en puntos cardinales y el apartado que corresponde al Centro habla de cosas tan diversas como la fotografía de nota roja de Enrique Metinides *El Griego*, el Sanborns de los Azulejos y el nacimiento del México moderno a mediados del siglo pasado.

Alfonso Reyes llamó al ensayo el centauro de los géneros por su carácter híbrido. *Limo y luz...* definitivamente es un libro centauro puesto que la prosa de Marina no tiene empacho en echar mano del lenguaje poético para decir que, visto desde



CUENTO

“SE VA EL CAIMÁN”

LUIS BERNARDO PÉREZ

EN ESTACIÓN CENTRAL, FICTICIA, 2008.

El anuncio no aclaraba la naturaleza del empleo. Sólo decía que era para realizar “labores promocionales”. No sé nada sobre eso, pero decidí ir porque la situación no estaba como para hacerse el difícil. Además no exigían experiencia ni buena presentación.

Resultó ser una tienda de bolsas y maletas de piel de cocodrilo ubicada en Donceles, cerca del Metro Allende. Esperaba encontrar el sitio lleno de solicitantes, pero yo era el único.

Me recibió un hombre gordo que estaba parado junto a la caja registradora. Después de estrecharnos la mano me preguntó si sabía bailar. La pregunta me tomó desprevenido.

—Soy un excelente bailarín —mentí.

—Magnífico —dijo y me entregó el disfraz.

Al verlo, traté de imaginar cómo luciría con aquello puesto.

—Cuando suene la música usted comienza a moverse así —explicó mientras agitaba con torpeza los brazos y las piernas. Finalizó con un par de giros.

Pregunté si tenía que hacerlo en la calle y el gordo asintió. Guardé silencio durante unos segundos para hacerle creer que lo estaba considerando.

Me probé el disfraz. No era nuevo: algunas de las escamas se habían desprendido y la cola lucía numerosos remiendos. Además olía a sudor.

El gordo me ayudó con el *zipper*. Cuando estuve listo me examinó de pies a cabeza. Pareció quedar satisfecho. Fue hasta el mostrador y encendió un aparato de música. Regresó y se quedó mirándome: comprendí que esperaba una demostración.

*Se va el caimán, se va el caimán,
se va para Barranquilla.
Y dicen que lo vieron en Puerto Rico,
comiendo pan con morcilla.*

Repetí los movimientos del gordo lo mejor que pude, incluyendo los giros. El disfraz me quedaba grande y mi ejecución resultó peor que la de él. Supuse que no me daría el empleo.

—¿Puede empezar hoy mismo? —preguntó.

Le dije que primero quería saber cuánto pagaba y él mencionó un sueldo miserable.

Estuve de acuerdo.

Seguí al gordo hasta la calle, caminando con dificultad a causa del traje. Afuera se encontraban instaladas dos enormes bocinas. Me explicó que la música sonaría durante media hora y que después podría descansar diez minutos. Luego la música volvería a sonar otra media hora y así hasta las siete.

El gordo entró en la tienda y yo me quedé en la calle. Me sentía tonto vestido así. La melodía volvió a escucharse, ahora a través de las bocinas:

*Se va el caimán, se va el caimán,
se va para Barranquilla.
Y dicen que lo vieron en Puerto Rico,
comiendo pan con morcilla.*

La gente me miraba de reojo. Varios niños quisieron detenerse, pero sus padres los obligaron a seguir caminando. Más tarde llegaron varios adolescentes alcoholizados. Estuvieron armando alboroto. Se reían como idiotas mientras me imitaban. Salió el gordo y les dijo que llamaría a la policía si no se largaban.

Terminé la jornada agotado. El disfraz me hizo sudar copiosamente; estaba seguro de haber perdido varios kilos. Ese primer día caí rendido en la cama y me dormí de inmediato. El segundo fue aún peor: me dolían las articulaciones y a cada rato me faltaba el aire. Debo aclarar que ya no soy tan joven. (FRAGMENTO)

las alturas, el Templo Mayor parece “una granada madura que rezuma granos de sangre” o para referirse a las azoteas vistas desde un edificio en José María Marroquí y Artículo 123 como “laberintos imposibles y con vida propia, como aquellos que poblaban la mente de Escher”.

Quirarte afirma que al escribir sobre la Ciudad, los escritores trazan un mapa ontológico. Después de reconocer al Centro desde sus ensayos, no es difícil concebir a Quirarte y a Marina como cartógrafos del corazón de la Ciudad.

CRÓNICA: ENTRE LA PUTREFACCIÓN Y EL RENACIMIENTO

“La crónica es la literatura de la realidad”, escribe J. M. Servín en la introducción a *D. F. Confidencial* (Almadía, 2010).

Cuando Mark Twain se iniciaba como periodista, su editor le lanzó la siguiente orden: “Salga a la calle, mire lo que pasa y cuéntelo con el menor número de palabras”. Precisamente eso es lo que hace Servín en

este libro de crónicas urbanas. Practicante del periodismo *gonzo* —donde quien escribe debe mimetizarse con el espacio descrito para obtener experiencias de primera mano—, el autor se emborracha en cantinas como La Peninsular para amistar con los diableros, camina por Circunvalación para escribir un glosario del mundo de los *chineros* —un tipo de delincuentes que él describe como “típicos de La Merced”— y se acoda en una de las butacas del Cine Savoy para hablar de ese sitio que desde hace 67 años proyecta exclusi-

vamente películas triple equis.

“Mientras caminaba por el perímetro de treinta y seis hectáreas y cincuenta y tres manzanas que comprende la zona de La Merced, hablé con comerciantes, vecinos, empleados de mostrador, cargadores, bodegueros y viejos sobrevivientes del proletariado urbano (...) piropeé a las dependientas de Creaciones Chela, en Uruguay y Talavera, especializadas en vestir niños Dios (...) Vi dibujarse la sorna, la chanza y la bravata en gestos bruñidos por dientes de oro y aluminio. Todo esto mientras

mitigaba la sed con cerveza en misceláneas con trastienda”. Eso narra Servín en una crónica titulada “La Santísima Trinidad del Vino: cábulas, cantinas y compadres”.

Este autor nacido en Tepito asegura que no le interesa hacer una apología del Centro, sino registrar “esa rara simbiosis entre la putrefacción y renacimiento continuo” del primer cuadro.

Daniel Hernández, gringo de padres mexicanos que llega al D. F. desde Los Ángeles, hace algo parecido en *El bajón y el delirio. Crónicas de un pocho en la Ciudad de México* (Océano, 2011). En “Guadalupanos pachecos” narra la peregrinación que hizo desde el Zócalo hasta la Basílica de Guadalupe, donde por primera vez conoció el fervor de los mexicanos por la “Virgen Morena” y en “Todas las otras fiestas” habla de la comunidad *hipster* que llega al Centro para entregarse a la frivolidad y al *fashionismo*: “En el Casino Metropolitano, la ropa de Arriola es interesante; pero lo que verdaderamente tiene al público entusiasmado es el majestuoso ascenso por la escalera de mármol hasta el *after-party*. El salón de baile neobarroco, decorado con frondo-

sas plantas y superficies doradas y terciopelo rojo, seduce desde todos los rincones. La elite joven y mejor vestida de la ciudad sigue los beats del DJ, o el trago en las barras, donde hombres y mujeres de impecable uniforme sirven cocteles. A cada rato se ven cámaras saltar frente a una cara al azar o un grupo de personas. Adondequiera que voltees, hay gente modelando (...) La energía aumenta con la música, como si nada fuera más importante que esta fiesta en el Centro Histórico”.

Si la novela, el cuento y el ensayo son fotografías análogas, procesadas lentamente a través de la técnica del cuarto oscuro, entonces la crónica es una fotografía digital, tomada con Instagram y subida a Twitter: comparte con el reportaje el gen de la inmediatez.

En “Concéntricos”, una crónica publicada en el libro *Miscelánea: El comercio popular y tradicional del Centro Histórico de la Ciudad de México* (Ediciones El viso, 2013) Fabrizio Mejía Madrid dice que el mascarón de piedra con forma de cabeza de león de Madero y Motolinía funge como símbolo de que las tragedias, incluso la peor inundación en la



NOVELA

SEÑORITA VODKA

SUSANA IGLESIAS

TUSQUETS, 2013.

¿Cuánto pesa una bala? Una bala pesa lo equivalente a tu sufrimiento. Mi territorio es el *downtown*, soy traficante de emociones. Bajé en la estación Bellas Artes, atravesé la calle de Tacuba hasta 5 de Mayo, después hasta el jardín de mármol de esa mole porfiriana. El día que dejé México, Distrito Federal, ni siquiera pude llevar conmigo algunos objetos favoritos. Antes no tenía nada, ahora tengo una bala de plata para matar al hombre lobo. La primera vez que nos vimos fue en la Alameda, bajo la luna, cerca de aquella fuente donde nos besamos desesperadamente. Acababa de regresar de California, el frío atacó mis bronquios, la garganta estaba resentida, medio cerrada. Lo vi caminar a lo lejos, atravesó avenida Juárez saltando los charcos de lluvia. García era un tipo alto, de brazos poderosos y manos terribles, su cabello oscuro enmarcaba un rostro duro.

(...)

-Vamos a cenar algo, todo el pinche día estuve en la Ramos Millán buscando a un cabrón.

-¿Qué quieres cenar?

-Tacos de suadero, vamos a Los Coyuyos.

-Odio esos pinches tacos, son asquerosos.

-Tú odias todo; están buenos, no exageres.

-Te hace daño trabajar tanto.

-Quizá... ¿conoces mejores tacos?

-Claro que conozco mejores. Vamos a Tepito.

-Quiero cenar, no trabajar.

-Cuidado con Tepito, es un barrio muy trabajador.

-Vamos, pues, ¿de qué es la salsa?

-Hay varias, pero con la roja... te vas a chupar los dedos.

-Más te vale. Vamos en taxi, no quiero manejar.

Detuvimos uno en el Eje, pasamos Garibaldi, doblamos en Reforma, después Eje 1 hasta avenida del Trabajo; el parque estaba atestado de indigentes, saltando las bolsas de basura, a los viejos dormidos y esquivando un par de ratas llegamos hasta Rivero. Todo dentro de mí se convulsionó. Tacos Ramiro. El local intacto tras el paso de los años, las mesas, el barril de tepache, la cazuela con las tripas hirviendo. La Ciudad de México es una olla enorme con nuestras entrañas cocinándose. Nos sentamos en la mesa de la entrada, García me había enseñado que es la mejor mesa, “la de acción y escape”. Dos tepaches bien fríos: un taco de tripa.

(FRAGMENTO)



ENSAYO

ELOGIO DE LA CALLE

VICENTE QUIRARTE

CAL Y ARENA, 2001.

Si agudizas el olfato, el olor de la papelería te llevará al del lápiz recién afilado, a la alquimia de la tinta en la hoja del cuaderno, a los rojizos amaneceres invernales cuando de la mano de tu madre esperabas el camión escolar que surcaría la ciudad durante hora y media, porque –niño del Centro- eras el primero en subirte y el último en bajarte. La memoria es como esa tienda de chinos, donde todo se encuentra aunque no lo parezca. Hurgar en sus callejones es semejante a desarmar una figura de papiroflexia y pedirle que revele sus enigmas luminosos.

Recordar es semejante a colocar el punto de la pluma fuente sobre un papel secante y permitir que corran los incontables ríos que estallan, conjurados –nunca controlados- por la memoria. Si esa pluma escribe en la superficie porosa “Plaza de Santo Domingo”, de inmediato vendrán las palabras papá, abarrotos La Fama, primera pluma fuente, quedamos en la Inquisición. Y si esas palabras están destinadas a subir en el potro entrenado de la escritura, vendrá la elaboración minuciosa y calculada. Invoca, por ejemplo, aquella papelería en la calle de Palma donde todo lo había: un compás para trazar la redondez del mundo, unas acuarelas para emular las hazañas de los superhéroes, un lápiz HB que aceptaba bailar al ritmo moroso de la mano. Repite la palabra “mano” y sentirás el peso y el paso seguros de tu padre, la vuelta a casa tras las clases nocturnas de francés en el antiguo Colegio de San Ildefonso, el panqué de naranja, tu primera comunión. Luego, sucesivas comuniones con el cuerpo amado en el asiento del carro o en hoteles baratos cuyo brillo de neón –casi siempre en ausencia- protagoniza las películas mexicanas de los años cuarenta. (FRAGMENTO)

historia de la Ciudad, siempre se superan. Este es el ejemplo perfecto de lo que hace una buena crónica: partir de lo particular, para hablar de lo que nos ata a todos.

En su libro de crónicas *Salida de emergencia* (Random House Mondadori, 2007) Mejía Madrid recorre el país de sur a norte y dedica cuatro de los seis apartados del libro a la Ciudad de México. El Centro Histórico aparece en dos crónicas. Está primero “La marcha del día después”, reseña de la enorme manifestación de junio de 2004 en que la clase media y alta de la Ciudad de México protestó contra la inseguridad. “Han llegado en metro intentando comprar un boleto con tarjeta de crédito, pasean por el Centro asombrados de las joyerías que tienen 100 años en el mismo lugar, desconfían de los vendedores morenos que venden a dos por 10 pesos (...)”. En el otro extremo de la escala social transcurre “El arte de la calle”, un retrato de la “ciudad pirata”, del mundo del comercio ambulante y su organización familiar y jerárquica. “Toda una economía paralela, a la vista. Y pensar que los expertos le llaman ‘subterránea’”, ironiza Mejía Madrid.

La crónica aborda al Centro en forma de estampas, de fragmentos. Quizá por eso es un género que lo ha retratado tan efectivamente, porque no se preocupa por capturarlo completo, al contrario, saca el lente telefoto para verlo por partes, para espiarlo muy de cerca.

LAS LETRAS QUE VIENEN

¿Cómo será la relación entre la literatura y el Centro ahora que éste se encuentra en plena transformación? ¿Los narradores seguirán escribiendo sobre la comunidad de indigentes que solía acampar en la calle de Artículo 123 o encontrarán en las botargas de Madero y en los *lofts* de Casa Borda nuevos abrevaderos para sus historias? ¿De qué hablarán las letras que vienen?

Hay quienes creen, como Susana Iglesias, que la literatura que hable del Centro siempre va a tener un regusto ruinoso: “Mi Centro es majestuosamente decadente y yo soy devota de la decadencia. El Centro ruin de los ochenta ha mutado, pero su alma sigue intacta”.

Otros afirman que el Centro es un hoyo negro que engulle todo y lo arroja de nuevo a circulación con una pátina milenaria. “El Centro Histórico tiene permanentemente los pies anclados en una nube de memoria”, dice Ana Clavel, y Vicente Quirarte asegura que “los fantasmas son muy difíciles de erradicar, la identidad de los centros urbanos es más fuerte que cualquier maquillaje, su pasado siempre resurge”.

En contraste, Luisa Iglesias está segura de que lo que se escribirá sobre el Centro en un futuro definitivamente va a tener otro tono: “Hay lugares nuevos que ya no tienen el

NOVELA

TODA LA SANGRE

BERNARDO ESQUINCA

ALMADÍA, 2013

Regresó con la arqueóloga, y le indicó que subiera al barandal de piedra. Sin embargo, el efecto de la droga estaba pasando. Elisa resistió la orden. Lo miró fijamente a los ojos. Ya no lloraba. Su expresión reflejaba coraje; logró torcer la boca y escupir las siguientes palabras: “No creo en tus ritos”. Yólotl le sonrió, reconociendo ese último gesto de valor, y después la levantó por la cintura y la colocó en el borde. Era una caída de varios metros. En ese momento, Casasola logró recuperarse, se acercó a Yólotl por detrás y le rodeó el cuello con un brazo. Apretó con toda su fuerza, decidido a estrangularlo, pero de pronto sintió que las piernas le flaqueaban y que su brazo se aflojaba. Cayó de espaldas, con un agudo dolor en el costado.

Yólotl miró cómo su cuchillo goteaba, y dijo:

-Toda sangre llega: la buscada y la no buscada, la que se ofrenda y la que se desperdicia...

Después subió al barandal y se colocó al lado de Elisa. Abajo, Tlaltecuh-tli esperaba el sacrificio, con las garras desplegadas y las fauces abiertas.

(FRAGMENTO)



aliento del Centro, hay calles que parecen vestirse con prendas costosas. Me resulta emocionante descubrir qué va a ocurrir con estos nuevos alientos, hacia dónde van a migrar”.

Armando González Torres coincide en que la revitalización del Centro buscará preservar su riqueza y heterogeneidad, y no uniformar ni reducir sus voces. Y Héctor de Mauleón dice que puesto que la literatura del Centro es una obra colectiva que se va haciendo generación tras generación, cada autor le añadirá un capítulo de manera que el Centro terminará siendo un enorme libro polifónico.

A algunos escritores les preocupa la posibilidad de que se dé una *gentrificación* del Centro, es decir, la tendencia a eliminar lo derruido y viejo, y sustituirlo por lo nuevo y caro. “Si el Centro Histórico termina

por volverse como la Condesa o Polanco, entonces perderá su encanto narrativo”, dice Bernardo Esquinca, “sin embargo, no creo que eso suceda porque el Centro Histórico es caótico e inabarcable. Por fortuna, siempre quedarán resquicios del Centro Histórico dignos de narrarse, esos que le dan su carácter genuino y perturbador, sorprendente y misterioso”.

Antonio Calera-Grobet piensa que lo que se escriba sobre el Centro será una especie de diálogo entre pasado, presente y futuro: “Creo que los escritores que viven acá harán las veces del nuevo ‘Nocturno de San Ildefonso’. Es decir, lanzarán esa obra que resuma los asombros que sentimos al pisar este suelo de mitos. No se hablará de la Preparatoria Nacional, quizá, pero sí de los contrastes que nos hacen únicos”.

EL CENTRO “ES EL MEJOR LUGAR DEL MUNDO PARA UN ESCRITOR, POR LAS HISTORIAS Y ATMÓSFERAS QUE CONVOCA”. BERNARDO ESQUINCA, ESCRITOR.

“Nadie escribirá sobre un territorio plástico. O escribirá sólo su plasticidad”, asegura Calera-Grobet. Sin embargo, no resulta del todo descabellado que en un futuro próximo se escriba un cuento sobre las fuerzas oscuras detrás de esas tiendas de conveniencia de fachadas idénticas. Quizá aún esa plasticidad sea *literaturizable* después de un tiempo. Quizá todo sea cuestión de observar con paciencia esta nueva cara del Cen-

tro, para dar cuenta de su mutación.

Si un lugar se transforma en ficción a partir de sus señas de identidad, entonces tocará a los lectores de las letras que vienen hacer este mismo ejercicio en unos años: desenrollar el palimpsesto, encontrar los puntos donde los trazos convergen y escuchar con cuidado los latidos de este manuscrito pulsante que es la literatura sobre el Centro Histórico. ✨

ENSAYO

“ZÓCALO”

LUIS MARÍA MARINA

EN LIMO Y LUZ, FICTICIA, 2012.

Caminas ahora por el que fue emplazamiento del atadero de años, donde cada cincuenta y dos años los mexicas practicaban el más sagrado de sus sacrificios, aquel en que se inmolaban a sí mismos como pueblo, destruyendo los mejores frutos de su civilización mientras entonaban el graznido del ave fénix: *ex me ipso renasco*. Los mexicas, que paradójicamente nunca concibieron para el círculo usos prácticos —sólo usaron la rueda en juguetes y elementos decorativos—, levantaron una civilización circular en la que era necesario morir para nacer de nuevo. Sólo así es posible entender este laberinto de ruinas superpuestas del Templo Mayor, sucesión de destrucciones y renacimientos: un gran Templo Mayor sobre otro Templo Mayor más pequeño sobre otro Templo Mayor más pequeño... Concepción circular del mundo que es el hontanar del que mana el México de hoy. Como si fuera un juego de muñecas rusas dispuestas en perfecta formación, el pasado nos ofrece su estática presencia, fundida con el presente, preñando el futuro. Tres grandes cesuras marcan la historia moderna y contemporánea de México: la Conquista, la Independencia, la Revolución. Tres momentos solemnes que intuitivamente escribimos con mayúscula. Tres violentos partos múltiples en que la madre muere para dar vida a su vástago, cargado por siempre con tan pesado fardo. (FRAGMENTO)



NOVELA

EL SECRETO DE LA NOCHE TRISTE

HÉCTOR DE MAULEÓN

JOAQUÍN MORTÍZ, 2009.

Desde la puerta del taller, un paso atrás de don Andrés, semiescondido entre los oficiales, miré la marcha enardecida de la multitud. Mientras la carroza verde avanzaba con trabajos por la calle, la gente le gritaba a la beata “hechicera” y “chuparratones”, y la acusaba de ofrecer hierbas que ayudaban a *alcanzar*, a facilitar que los hombres perdieran la honra de las mujeres.

Aquella vieja seca, enjuta y amarilla —sin espejos en las uñas y con el burdo sayal del Carmen colmado de cruces y escapularios—, avanzaba temblorosa hacia su destino. La miré, la miré, la miré. Iba directo a la frase que ninguno de nosotros querría escuchar jamás: “Que diga la verdad por reverencia de Dios, y no se quiera ver en tanto trabajo, en el que tiene tanto que pasar y padecer”. Iba directo a la cámara en donde había de enunciarse el discurso del tormento: “Que se le desnude en carnes y se les ligen los brazos, y se le amoneste que diga la verdad”. Sentí terror y escalofrío. No sé si porque aquella vieja desvalida se acercaba al recinto más temido del Nuevo Mundo, o porque descubrí que tras la carroza, expectante, confundido entre la multitud, avanzaba con la mano en el puño de la espada —y su aire de perro bravo, y también sus dientes rotos—, el asesino del ciego y los cinco criollos. El dueño de la estocada Clairmont. Nada menos que el muerto resucitado.

Nuño Saldívar. (FRAGMENTO)



CUENTO

“LA NOCHE DE LA GIGANTA”

HERMINIO MARTÍNEZ

EN ESTACIÓN CENTRAL BIS, FICTICIA, 2009.

—¡La Giganta! —expresaron todos— ¡A un lado! ¡Apártense!
 —¡Está caminando! ¡No los vaya a golpear! —se movieron a un lado y otro.
 —¡Ohhhh! ¡Ayyyy! —fue un solo grito.
 —¡Llamen a la policía!
 —¡Y al ejército!
 —¡A los bomberos!
 —¡La Cruz Roja!

Todos corrieron detrás de ella, temblando de pavor, sin acercarse, apabullados de emoción. Contemplaron cómo dobló los más de tres metros de su altura para salir del edificio y dirigirse por la calle de Moneda hacia Palacio Nacional, frente al que seguían retumbando los cánticos, los caracoles, las chirimías y los lamentos.

—¡Es increíble!
 —¡Maravilloso! —susurró al oído de Gregorio una mujer, rozándole el brazo con uno de sus pechos—. Después me dice cómo le hizo.
 —Lo malo es que yo no hice nada. Solita caminé. La han de estar dirigiendo a control remoto. No vayan a hacer que se eleve para después soltarla... Es mi temor.
 —Eso no sucederá.
 —¿Y por qué no?
 —Porque sería tecnología y yo soy una ferviente adoradora de la magia y los buenos libros.

—Mmm... —hizo él.

Las luces del alumbrado público y las de los carros que se estrellaban, les permitieron descubrir que la Giganta era más perfecta de lo que probablemente su creador se imaginó al soñarla desnuda de pie sobre las aguas del antiguo lago. Con sus dos figuras, la de un hombre hacia atrás y la de una mujer hacia delante, avanzaba sin correr, pero tampoco sin voltear adonde Gregorio, sin que hubiera necesidad, le gritaba a la gente que por favor se apartara del camino, advirtiéndoles sobre los riesgos de que aquella máquina fuera a estallar como una bomba o la fuesen a levantar por los aires quienes desde la clandestinidad la manejaban.

—Ese cuento no se lo traga nadie... —le habló otra vez Gaspar—. La mujer camina gracias a los poderes que usted le ha despertado.

—¿Tú también crees eso? Es sólo una máquina movida por ingenieros y mecánicos.

—No, señor. Es lo que usted le ha dado. Y allá usted si piensa diferente.

—Entiéndelo.

—Cúidese de un codazo. Entréguese a este sueño sin fronteras y disfrútelo como yo, ahora que se puede —concluyó el chico, perdiéndose en un mar de voces y cuerpos agitados.



Mientras tanto, la mole se paseaba por el centro histórico, balanceando sus formas al vaivén de sus movimientos y sus pasos.

—¡Haga algo! —le gritó al oído uno de los organizadores del evento, en tanto las campanas de Catedral alertaban a las demás iglesias para que repicaran a su vez.

—¿Pero qué?

—¡Usted sabrá! ¡Yo no conozco sus secretos! Soy contador público.

—Es la primera vez que me sucede. Ni modo que le diga: “¡Alto ahí, mi reina, que el rey de las flores te compone versos!”. No, señor. (FRAGMENTO)

CUENTO

“PERRO CALLEJERO”

LUISA IGLESIAS

EN CIUDAD FANTASMA, TOMO II, ALMADÍA, 2013.

La tristeza en mis edificios y yo, sigo a la espera del 9.6 que dure un par de minutos, que tiemble, que todo desmoronado se me caiga y me deje la ciudad desierta. Por el ventanal del Miralto en la Torre Latino, las luces del mundo apenas se encienden. Abro mi cartera, me quedan doscientos pesos y nada más; pido un Matusalem campechano y como todos en el restaurante intento localizar mi casa desde el cielo, a través de los cristales; recorro las avenidas más largas.

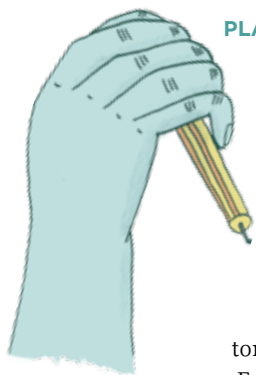
Pego mi nariz húmeda al vidrio; desde aquí la urbe no me huele a nada.

Está anunciado y las familias en el Miralto se abrazan. Las parejas se piden matrimonio y ordenan postres con sus nombres delineados en chocolate para festejar quizá, que cumplirán su católico hasta que la muerte los separe. Pegan sus dedos al cristal y marcan corazones dactilares, huellas de cuánto se quisieron. Yo sólo pego la nariz. No recuerdo dónde está mi casa, sólo mis edificios tristes, mis rascacielos tambaleantes. Anoche las noticias anunciaban, y los reporteros “¿Con quién pasará usted la noche de la gran sacudida?” preguntaron a los pocos televidentes que no se encontraban atorados ya, a la mitad de su huida, en el tránsito de las carreteras a Querétaro, Puebla y Cuernavaca. Y aquí sigo, en la punta del Centro, en la jeringa de la heroína, como la llamaste la última vez que cenamos y pedimos cubas campechanas, hace tanto, recuerdas; pues aquí sigo, preguntándome con quién estarás llorando, a quién estarás abrazando la última noche. (FRAGMENTO)



LA CIUDAD DE MÉXICO EN LA LITERATURA: DEL XVI AL XX

La relación entre el Centro y la literatura es muy antigua. Aquí presentamos un apretado y necesariamente incompleto recuento, solo para dar una idea de lo prolífica, idílica y violenta que ha sido esta historia de más de cinco siglos. El recorrido termina a fines del siglo xx.



PLÁSTICA Y RÍTMICA

No quedó testimonio escrito directo del quehacer poético mexica, pero hay evidencias de que era plástica y rítmica, de que los poetas eran artistas reconocidos, y de que algunos tlatoani cultivaron este género que hablaba sobre la muerte y la guerra.

Poco después de la caída de Tenochtitlan algunos misioneros españoles aprendieron las lenguas indígenas para castellanizar a los primeros estudiantes de sus colegios y para recuperar el legado literario —poesía, mitos, leyendas— y la historia mexica.

En la poesía náhuatl se distinguen las vertientes épica-religiosa —cantos poéticos y alegóricos que describían mitos y hechos históricos—; la ritual, y la lírica —cantos para esparcimiento, que acompañaban la danza y la música.

EL SIGLO DE LOS CRONISTAS

En el siglo xvi, la literatura española vivía un periodo de esplendor, los llamados Siglos de Oro (xvi y xvii). En la capital de Nueva España, este fue el siglo de los cronistas: los que escribieron de “oídas”, los conquistadores y los misioneros. Las crónicas más conocidas son las cinco *Cartas de relación* escritas por Cortés entre 1519 y 1526, la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1568), del soldado Bernal Díaz del Castillo, así como las de los frailes Toribio de Benavente, *Motolinía*, en especial su *Historia de los indios de la Nueva España*, que empezó en 1536; Bernardino de Sahagún, con su *Historia general de las cosas de Nueva España*, escrita entre 1557 y 1569, y la *Historia de las Indias e islas de Tierra Firme*, de Diego de Durán.

Al mismo tiempo, españoles y posteriormente criollos y mestizos, escribieron poesía, imitando los cánones españoles.

Entre los primeros versos escritos en Nueva España en castellano están las sátiras y los pasquines que algunos conquistadores escribieron contra Cortés, quejándose de no haber sido bien recompensados por su capitán.

Pronto la poesía tomó un lugar importante en la vida novohispana; se organizaban certámenes, y el primer libro de versos, *Manual de adultos*, se publicó en 1540, apenas un año después de la llegada de la imprenta, que se instaló en la calle de Moneda.

De esta época se conoce poesía épica sobre la conquista, y poemas descriptivos de la ciudad y las costumbres locales. El ejemplo más notable es *La Grandeza Mexicana*, en el que Bernardo de Balbuena halaga a la Ciudad de México. Impresa en 1604, se le considera la primera piedra de la poesía americana.

Para finales del siglo xvi los temas y la sensibilidad indígena habían infiltrado la poesía, cuya sonoridad cambió, con nuevos vocablos y giros del lenguaje.

La suerte de la literatura en prosa fue muy distinta. Las novelas picarescas y de caballería, de moda entonces en España, fueron prohibidas en Nueva España en 1531. La prosa quedó limitada a la religión, la filosofía y la didáctica.

La crónica *México 1554*, de Francisco Cervantes de Salazar, es la única obra en prosa de este periodo. Escrita en latín a manera de diálogo, es una admirativa descripción de la ciudad colonial. Fue traducida y publicada en 1875.

DEL BARROCO A LA NOVELA

Durante el siglo xvii florece el Barroco, estilo artístico caracterizado por una exuberante ornamentación y un predominio de la forma sobre el contenido. Las formas de la poesía se tornan extravagantes, con acrósticos, versos retrógrados,



silvas, décimas y romances. En Nueva España, destacan Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos de Sigüenza.

Con el movimiento de Independencia, ya iniciado el siglo xviii, la producción literaria toma nuevas direcciones. Se desarrollan la sátira contra las autoridades coloniales y los peninsulares, la prosa y la poesía patrióticas que dan cuenta de las batallas y las hazañas de los caudillos y, por primera vez, novelas que exaltan las costumbres, el folclor, los paisajes, todo aquello que diferenciaba a México de España.

José Joaquín Fernández de Lizardi fue el primer novelista mexicano. Este intelectual insurgente escribió cuatro novelas, de las que sobresale *El periquillo sarniento*. La obra, influenciada por la picaresca española, describe de manera sencilla y realista la vida colonial. Se publicó incompleta en 1816; e íntegra, hasta 1830.

Desde el inicio de la vida independiente se decantan en México dos tendencias literarias que perduran hasta principios del siglo xx: el Romanticismo y el Clasicismo. Los clasicistas buscaban la belleza; los románticos, la expresividad.

En 1836 nace la Academia de Letrán (en el edificio que se encuentra en Lázaro Cárdenas 24). Andrés Quintana Roo, Guillermo Prieto y Manuel Payno fueron algunos de sus fundadores. Funcionó durante 20 años. En *Memorias de mis tiempos* (1853), Prieto señala: “lo grande y trascendental de la Academia, fue su tendencia a mexicanizar la literatura, emancipándola de toda otra y dándole carácter peculiar”.

Como en la Independencia, la lucha política y armada de la segunda mitad del siglo xix produjo grandes periodistas. Algunos fueron también cronistas y poetas, además de combatientes, legisladores y funcionarios. Destacan Prieto, Payno e Ignacio Manuel Altamirano.

En su ensayo *Elogio de la calle*, Vicente Quirarte apunta: “La ciudad de mediados del xix es el escenario fundamental donde los escritores descubren la actuación del elemento popular, la reacción entre el individuo y la masa, las conquistas de la sociedad civil”.

El fin de la guerra en 1867 produce, poco a poco, una separación de la literatura y la política. Después de cuatro años en el campo de batalla, Altamirano se propone participar de la reconstrucción de la nación a través de la cultura. En 1869 funda la revista literaria *El Renacimiento*, convoca a las mejores plumas de su generación —Prieto, Vicente Riva Palacio, Justo Sierra, y otros— y consolida un proyecto cultural de gran calado.

Riva Palacio inauguró la novela histórica en México. En cuatro años (1868-1872) escribió seis bien documentadas novelas históricas sobre el siglo xvii mexicano.

En la poesía destaca Manuel Acuña, autor de uno de los más efusivos cantos de amor de la lírica mexicana, “Nocturno”, dedicado a Rosario de la Peña. Se suicidó a los 24 años, en 1873.

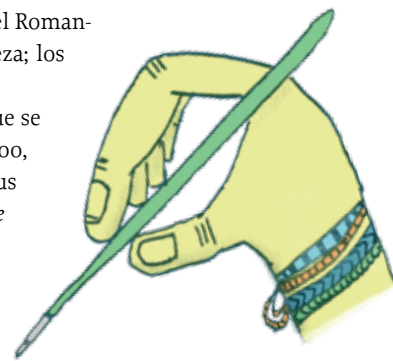
En 1898, Juan de Dios Peza publica *Leyendas históricas tradicionales y fantásticas de las calles de México*, en verso. En el prólogo, Luis González Obregón habla de la historia, las leyendas y las tradiciones como fuentes que nutren la narrativa sobre la ciudad.

Con el Porfiriato, la urbe se transforma aceleradamente; los escritores registran los cambios. Manuel Gutiérrez Nájera, por ejemplo, da cuenta de la llegada de la iluminación pública a la Plaza Mayor y sus alrededores en 1880 en *Aventuras de Manón* (1884).

DEMOLICIÓN DEL PORFIRIATO

En 1909 nace el Ateneo de la Juventud, entre cuyos miembros estaban Martín Luis Guzmán, Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña. Todos influyeron en el desgajamiento de la base ideológica del Porfiriato (el Positivismo) e individualmente, realizaron aportes definitivos a la cultura mexicana.

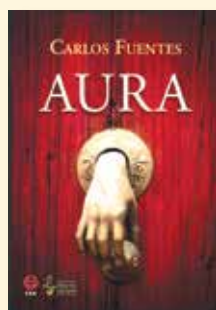
En 1908, Federico Gamboa publica *Santa*, la novela más popular de esa generación. “*Santa* es la lectura naturalista que Gamboa hace de la capital (...) La ciudad descompone la carne y el alma. Mientras en lo exterior la urbe crece y progresa, por debajo corre la podredumbre de sus aguas negras”, afirma Quirarte.



ALGUNAS LECTURAS IMPRESCINDIBLES

Una lista de las obras literarias que suceden en el corazón de la Ciudad sería inmensa. Consignamos aquí algunas piezas de gran calibre escritas en prosa.

- 1554.** *México en 1554. Tres diálogos latinos*. Francisco Cervantes de Salazar (CRÓNICA).
- 1604.** *Grandeza mexicana*. Bernardo de Balbuena. (POESÍA).
- 1632.** *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Bernal Díaz del Castillo (CRÓNICA).
- 1816.** *El Periquillo sarniento*. Fernández de Lizardi (NOVELA).
- 1853.** *Memoria de mis tiempos*. Guillermo Prieto (CRÓNICA).
- 1870.** *El Libro Rojo*. Manuel Payno y Vicente Riva Palacio (CRÓNICA).



- 1883.** *Cuentos frágiles*. Manuel Gutiérrez Nájera (HÍBRIDO ENTRE CUENTO Y CRÓNICA).
- 1889.** *Los bandidos de Río Frío*. Manuel Payno (NOVELA).
- 1898.** *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de la Ciudad de México*. Juan de Dios Peza (LEYENDAS).
- 1905.** *El libro de mis recuerdos*. Antonio García Cubas (CRÓNICA).
- 1908.** *Santa*. Federico Gamboa (NOVELA).
- 1915.** *Visión de Anáhuac*. Alfonso Reyes (ENSAYO).
- 1922.** *Las calles de México*. Luis González Obregón (CRÓNICA).
- 1924.** *La muy noble y leal Ciudad de México*. Artemio de Valle-Arizpe (CRÓNICA).
- 1928.** *El águila y la serpiente*. Martín Luis Guzmán (NOVELA).

Entre los años veinte y los cuarenta, otros escritores se dedican al tema de la Colonia: recuperan leyendas, elaboran narraciones históricas y revaloran la arquitectura. Sobresalen Artemio de Valle-Arizpe, Luis González Obregón y Genaro Estrada. Las crónicas de los dos primeros son de consulta obligada para conocer la historia y las leyendas de las calles del Centro.

Paralelamente, nace además un grupo literario de gran impacto en la poesía y la narrativa del siglo xx: los Contemporáneos. Salvador Novo, Xavier Villaurrutia y Celestino y José Gorostiza son algunos de los miembros. Se conocieron en San Ildefonso, siendo estudiantes de preparatoria; en el Sanborns de los Azulejos y el Café París en la calle de Gante realizaban sus reuniones y tertulias.

Novo, poeta, ensayista y cronista, publicó en 1946 *Nueva Grandeza Mexicana*. A decir de Carlos Monsiváis, “nadie llega más lejos que Novo en la presentación de la ciudad legendaria”, porque “despliega una de las escasas visiones unitarias de la ciudad, la penúltima antes de *La región más transparente*”.

Los Contemporáneos, dice Quirarte, recrearon imágenes muy distintas de la ciudad. “Lo que en Novo es colectividad y luces multicolores, en Villaurrutia se transforma en desolación y grises amortiguados”.

En la segunda mitad del siglo xx predomina una visión más oscura, que incorpora a los obreros, las cantinas, los bares, las prostitutas. Con *Los hombres del alba* (1944) Efraín Huerta se alza como el poeta de la ciudad sórdida y desigual.

En *La región más transparente* (1958), de Carlos Fuentes, “la ciudad se presenta no como lo contrario del campo sino como el personaje de la novela”, explica Monsiváis. En 1962 Fuentes publica *Aura*, novela corta que transcurre en un edificio ficticio de la calle de Donceles; en ella la ciudad —especialmente el Centro— es una puerta a lo insólito, lo fantástico, lo surreal.

Octavio Paz, a lo largo de 40 años de trabajo poético, encontró en la urbe un tema recurrente; en “Nocturno de San Ildefonso”, por ejemplo, recupera su adolescencia, y en “Pasado en claro”, su niñez.

Ojerosa y pintada (1960), de Agustín Yáñez es una novela urbana cuyo protagonista es un taxista; el ascenso y descenso de pasaje lo vuelve un receptáculo de las historias que convertirán a la ciudad en el gran personaje de la obra.

En 1969 aparece *El complot mongol*, de Rafael Bernal. Considerada la primera novela negra mexicana, transcurre en el barrio chino del Centro y, como corresponde al género, el escenario juega un papel en la trama.

En el último tercio del siglo xx, el Centro sigue siendo protagonista de cuentos, novelas y crónicas. Grandes crónicas de autores como Monsiváis o Elena Poniatowska que documentan los movimientos sociales y las transformaciones políticas más importantes de los últimos años suceden aquí, al igual que las novelas negras de Paco Ignacio Taibo II que exhibe la ciudad violenta y la corrupción política y policiaca. También la urbe apocalíptica y fantástica de Carlos Fuentes y José Emilio Pacheco y, nuevamente, la narrativa que se desliza entre majestuosos edificios y cantinas en novelas como *Y retiemble en sus centros la tierra* (1999) de Gonzalo Celorio. (SANDRA ORTEGA)

Fuentes: Vicente Quirarte, *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*, Cal y Arena, México, 2001, 720 p.; Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, Editorial Porrúa, 16ª ed., 1990, 335 p.; Sergio Howland, *Historia de la literatura mexicana*, México, Trillas, 4ª ed., 1990, 342 p.; Carlos Monsiváis, “Notas sobre la literatura mexicana del siglo xx”, en *Historia General de México*, tomo 2, México, El Colegio de México, 1976, 1,585 p.

- 1946. *Nueva Grandeza Mexicana*. Salvador Novo (CRÓNICA).
- 1957. *Todo empezó en domingo*. Elena Poniatowska (CRÓNICA).
- 1958. *La región más transparente*. Carlos Fuentes (NOVELA).
- 1960. *Ojerosa y pintada*. Agustín Yáñez (NOVELA).
- 1960. *Y Matarazo no llamó*. Elena Garro (NOVELA).
- 1962. *Aura*. Carlos Fuentes (NOVELA BREVE).
- 1969. *El complot Mongol*. Rafael Bernal (NOVELA).
- 1976. *Días de combate*. Paco Ignacio Taibo II (NOVELA).
- 1977. *Palinuro de México*. Fernando del Paso (NOVELA).
- 1990. *La noche oculta*. Sergio González Rodríguez (NOVELA).
- 1999. *Nadie me verá llorar*. Cristina Rivera Garza (NOVELA).
- 1999. *Y retiemble en sus centros la tierra*. Gonzalo Celorio (NOVELA).

ESCRIBIR SOBRE EL CENTRO ES CAMINAR SOBRE CENIZAS Y SEMILLAS.

UN THRILLER EN DOLORES

El complot mongol (1969) de Rafael Bernal es uno de los libros que prefiguraron al Centro Histórico como un caldo de cultivo para las historias de misterio.

Este *thriller* es una de las obras cumbre de la literatura negra en México pues no sólo practica la fórmula que popularizaron autores como Dashiell Hammet o Agatha Christie —esa mezcla de detectives, tipos malos, *femmes fatales*, crímenes sin resolver y mucho alcohol— sino que la “tropicaliza”, al ambientarla en el status quo del México posrevolucionario.

En *Elogio de la calle*, Vicente Quirarte escribe: “Una característica fundamental de la gran novela policiaca es la actuación protagónica de la ciudad”. *El complot mongol* cumple de cabo a rabo con este paradigma pues el Centro Histórico no es sólo el escenario principal de la trama, sino un personaje más, uno siniestro y traicionero.

Filiberto García, un detective sesentón que no teme matar ni morir, protagoniza la historia. Lo que al principio parece un trabajo más para este ex revolucionario convertido en matón a sueldo, se convierte en una intriga internacional en la que están involucrados el FBI, la KGB, la mafia china y las altas esferas del gobierno mexicano.

Algunos escritores que se han ocupado del Centro recientemente hablan de esta novela negra:

- “*El complot mongol* retrata la calle de Dolores, La Ópera, el Sanborns de los Azulejos, pero también retrata lo que es la idiosincrasia del mexicano para enfrentar cualquier cuestión terrible o banal. Es una novela muy importante de los últimos cincuenta años”: Marcial Fernández.
- “Bernal hace un retrato del enigma persistente del ‘otro’, encarnado en el Barrio Chino”: Armando González Torres.
- “*El complot mongol* escapa al cliché y por ello es una obra de culto entre los lectores de novela, sobre todo policiaca”: J. M. Servín.
- “Recuerdo a mi abuelo, su novela favorita era *El complot mongol*. El abuelo me llevaba a caminar por el barrio chino en la calle de Dolores, me narraba las peripecias de Filiberto García; a veces lo recuerdo y me gusta pintarle al abuelo cejas de Pedro Armendáriz”: Luisa Iglesias.
- “Difícilmente podemos volver a caminar impunemente por el minúsculo barrio chino sin que vengan a la memoria los azares de Filiberto García”: Vicente Quirarte.



“EL CENTRO ES UNA EXPERIENCIA ESTÉTICA”

POR PATRICIA RUVALCABA

El andar sin rumbo que el poeta Luigi Amara (Ciudad de México, 1971) ha practicado por años en la Ciudad, dio como producto *A pie* (Almadía, 2010) un poema que en 108 páginas devuelve a la calle su calidad de “territorio poético”.

El Centro Histórico es el protagonista principal del poema, pues en esa zona, Amara confirma y reconfirma un hallazgo que hizo desde niño: “La ciudad es un palimpsesto de ciudades”.

“No hay una, sino varias formas de relacionarse con el Centro”, dice Amara en entrevista. “Está la de la memoria: por ejemplo, mi abuelo me traía al mercado de San Juan a conseguir caracoles. Está la pragmática, es decir, vengo a comprar una clavija. Y, como en mi caso, está la del caminante sin rumbo, inmerso en una desubicación voluntaria”. En cualquier variante, y debido a la “increíble diversidad del Centro”, toda relación con él, dice el poeta, “es una experiencia estética”.

“FIEL AL TRAYECTO”

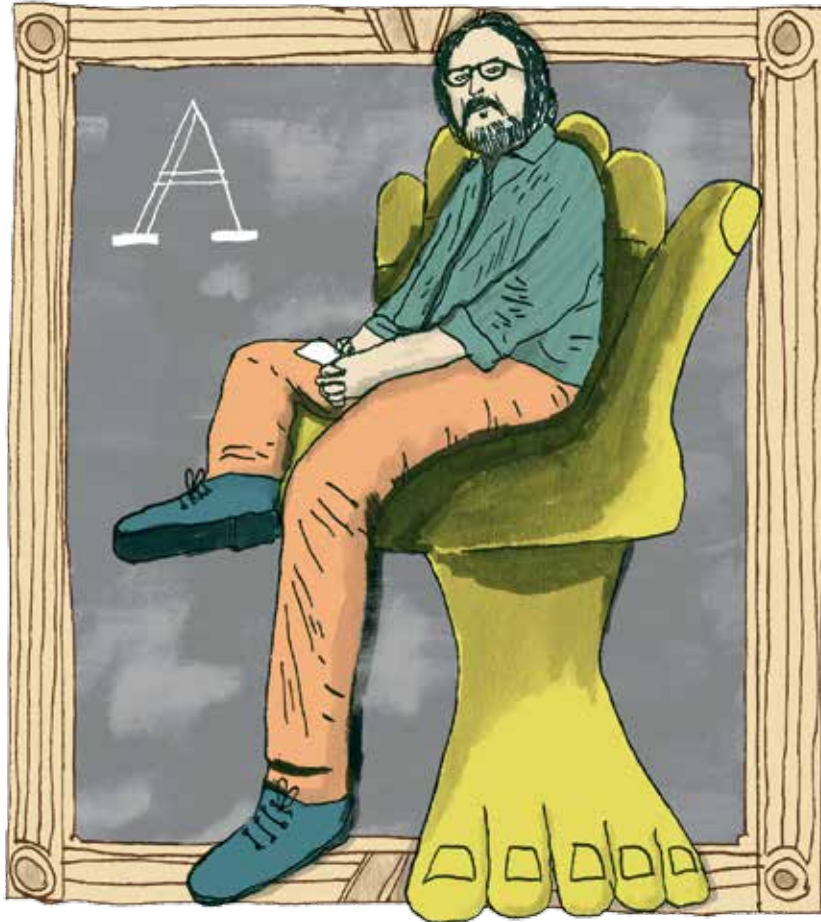
A pie es un poema fresco, revelador, un recorrido en primera persona que se inicia en la colonia Roma, cruza buena parte del Centro —Arcos de Belén, Eje Central, Callejón de la amargura, Chile...—, y sigue por otros rumbos de la Ciudad.

Leerlo es calzarse unos tenis y pasear al estilo surrealista: entregarse a “La errática locomoción/ de un hombre que no sabe/ adónde dirigirse”.

Al ritmo del “Zug/ zak” —onomatopeya *amariana* para el roce de los pantalones, al andar— los versos registran el carácter de cada lugar, su catálogo de experiencias.

Si en la Roma el poeta encuentra “Los mapas superpuestos/ de la especulación y del derrumbe”, al llegar al Centro describe, por ejemplo, la calle de Delicias, donde “Todo está a la venta/ y si no/ pregunte”, hay “cadáveres de pollo” junto a unos baños públicos, “un molino de chile/ en el pasillo de un café Internet” y un letrero que promete “carne de león”. Allí están “Las reglas retorcidas de la geometría/ al servicio del marchante”.

Para Amara, era importante que *A pie* “fuera fiel al trayecto real, a las calles reales, que no fuera impuesto”. Eso le da un “anclaje” en el



momento actual y el lector ve en el poema el “reverso” del Centro, ya glamoroso, ya con el maquillaje corrido.

“A mí me ha interesado una poesía que se ocupa de la vida cotidiana, de la vida inmediata”, explica Amara acerca de sus ejes creativos.

A pie “forma parte de una intuición muy vieja que está por ejemplo en la poesía de Charles Baudelaire, de voltear hacia la urbe. Recuperar las calles como un lugar de la poesía. De algún modo el espectro de lo poético se amplía cada vez que incluyes la realidad cotidiana, el cochambre, toda esta zona a veces inexplorada, que parecería contraria a cierta elevación poética”.

UN VIAJE INTERIOR

El poema, asimismo, reivindica las bondades que el andar tiene, para el alma. “El pensamiento no funciona igual si estás sentado, en el transporte público o si estás caminando”, afirma Amara, autor de *El decir y la mancha* (poesía, 1994) y *Sombras sueltas* (ensayo, 2006), entre otros libros, colaborador de publicaciones como *Letras Libres* y tallerista en la Universidad del Claustro de Sor Juana.

“Quizá la mera locomoción bípeda del ser humano hace que se

“EL CENTRO ES EL LUGAR DONDE TE DAS CUENTA DE QUE LA CIUDAD INCLUYE MUCHAS CIUDADES, INCLUSO FANTÁSTICAS”.

active el pensamiento (...) se activa y sucede algo que no sucedería si te quedaras en tu escritorio a escribir”.

A pie refleja “esa doble vertiente de la experiencia: la perceptiva, la más sensorial —lo auditivo, lo olfativo, la observación— pero sin dejar de lado la parte de la meditación, de la especulación, del ensimismamiento, que la caminata induce”.

Se trata de visitar sitios, pero también de hacer un viaje interior que “probablemente no tiene el cometido explícito del autodescubrimiento en un sentido trascendente, pero te vas dando cuenta de cosas y de pensamientos y de facetas de tu cabeza que estaban inadvertidas”.

“Los surrealistas, que caminaron mucho, veían un vínculo entre el

automatismo y la caminata sin rumbo. Pensaban que al momento de caminar, llegas a una zona inconsciente de ti que está oculta por los imperativos prácticos”, como “llegar de un punto A a un punto B”.

Cuando se eliminan A y B, todo el trayecto es un punto de partida “un kilómetro cero, si quieres”, e “incluso de perdición”. Porque, advierte Amara, la caminata implica riesgos: “En cualquier momento ya la regaste, te van a atropellar, o a asaltar. Eso es real, hay que estar alerta”.

NO HAY CAMINOS VÍRGENES

A pie parece tener resabios, también, de las experiencias infantiles de Amara en el Centro, cuando los mercados de San Juan y de Sonora le resultaban “lugares encantados”.

“Cuando uno es niño, habita las calles de un modo muy estético. Te puedes apoderar de la banqueta, acampar en ella de un modo que no es el de la prisa, ni del imperativo práctico, entonces juegan canicas, se tiran, brincan las líneas, las grietas y las fracturas son una ocasión de juego. Su manera de estar no está regida todavía por la obligación de llegar”. En la manera adulta de estar, “el paisaje, y el otro, se ponen del lado ciego, porque lo que importa es llegar. Al trabajo, tu cita, a casa, y todo se vuelve una pista de circulación”.

El poema avanza como lo haría, en efecto, un caminante despreocupado. La idea, dice Amara, “era que se sintiera el ritmo de los pasos, que no es continuo, no estamos en las olimpiadas. Una caminata incluye divagaciones, pausas, retrocesos, vacilaciones, rupturas y salidas mentales”. De ahí que *A pie* incluya citas de otros poetas y ensayistas, guiños literarios, recordatorios históricos.

Y es que “cuando uno camina, de algún modo está caminando sobre los pasos de otros, aunque creamos que nuestro camino es virgen, insólito. En la caminata se entrecruzan, además de las calles físicas, las esquinas de las páginas que has leído. Es una mezcla de circuitos, reales, mentales, de la memoria, de la evocación, porque todo está allí”.

En tanto, “Zug/ zak”, la caminata sigue. “Andar a pie/ como una forma de Resistencia (Porque) Desde un vehículo en movimiento/ la ciudad desaparece (...) Pero el alma no sabe sino/ viajar a pie”. ✨